

Omer Jabot era un asesino en serie especialmente sádico.

Bueno, lo era en el papel y con la total complicidad de su esposa, la tierna Henriette, que pasaba a máquina sus manuscritos con su vieja Olympia.

¿CUÁNTOS MUERTOS VAN HOY, CARINITO?

SOLO DOS.

LA PERSECUCIÓN EN CARRO DE COMBATE ME HA LLEVADO MÁS TIEMPO DEL PREVISTO.

ASÍ QUE ME HE CONTENTADO CON PONER A HERVIR VIVO AL CONSUL PARAGUAYO, EN EL BARRIL DE UNA TINTORERÍA CHINA EN JOHANNESBURGO.

NO ESTÁ MAL. PERO ESO YA ME SUENA, ¿NO?



¿NO HABÍAS HECHO ESO YA EN
MASACRE EN ZANZIBAR?

NO, CARÍNITO.
ESO FUE UN CURA Y UNA MADRE
SUPERIORA EN UN BIDÓN DE
COMBUSTIBLE ARDIENDO.

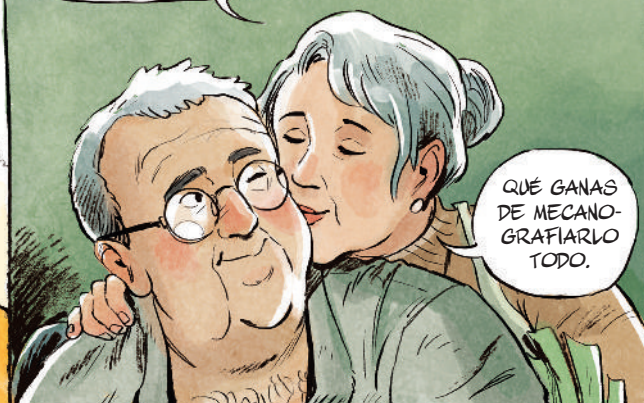
AH, SÍ, ES CIERTO. LO HABÍA OLVIDADO. ¿Y QUÉ ES
DE LA JOVEN DROGADICTA DE MÓNACO?

EL TERRIBLE
FEDOR FEDOROVITCH
HA REEMPLAZADO A
LA HEROINA DE SU
JERINGUILLA CON
ÁCIDO CIANHÍDRICO.



NI TE CUENTO LA
ATROCIDAD DE SU
AGONIA.

ERES EL MEJOR,
CARÍNITO.



QUÉ GANAS
DE MECANO-
GRAFIARLO
TODO.



Por supuesto, Omer Jabot no asesinaba bajo su verdadero nombre, pues hubiera sido difícil llegar al éxito en la novela negra sangrienta con un apellido que en francés evoca a una pieza de encaje.

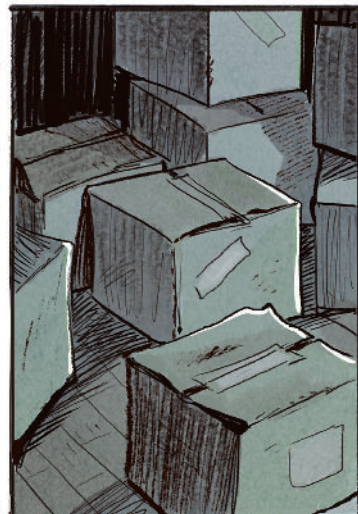


Así pues, cada año firmaba su libro bajo el nombre de Karsh. Seco y corto, nada más.



¡Un nombre que chasqueaba como el azote de un látigo sobre la espalda desnuda de una damisela indefensa!

Como Omer rechazaba cualquier entrevista y nunca iba a firmas de libros, su esposa y él, pareja sin hijos, eran los únicos, junto con el editor y el trabajador de Hacienda, que sabían que Karsh el Sanguinario y Omer Jabot el Apacible no eran nada más y nada menos que la misma persona.



Y esto porque no era uno de esos autores que alardean de su talento. Jamás se revisaba a sí mismo, pues delegaba en Henriette la labor de corregir sus faltas de ortografía y de gramática.

Y los ejemplares justificativos de las novelas se acumulaban, encerrados en sus cajas, en una esquina del desván.

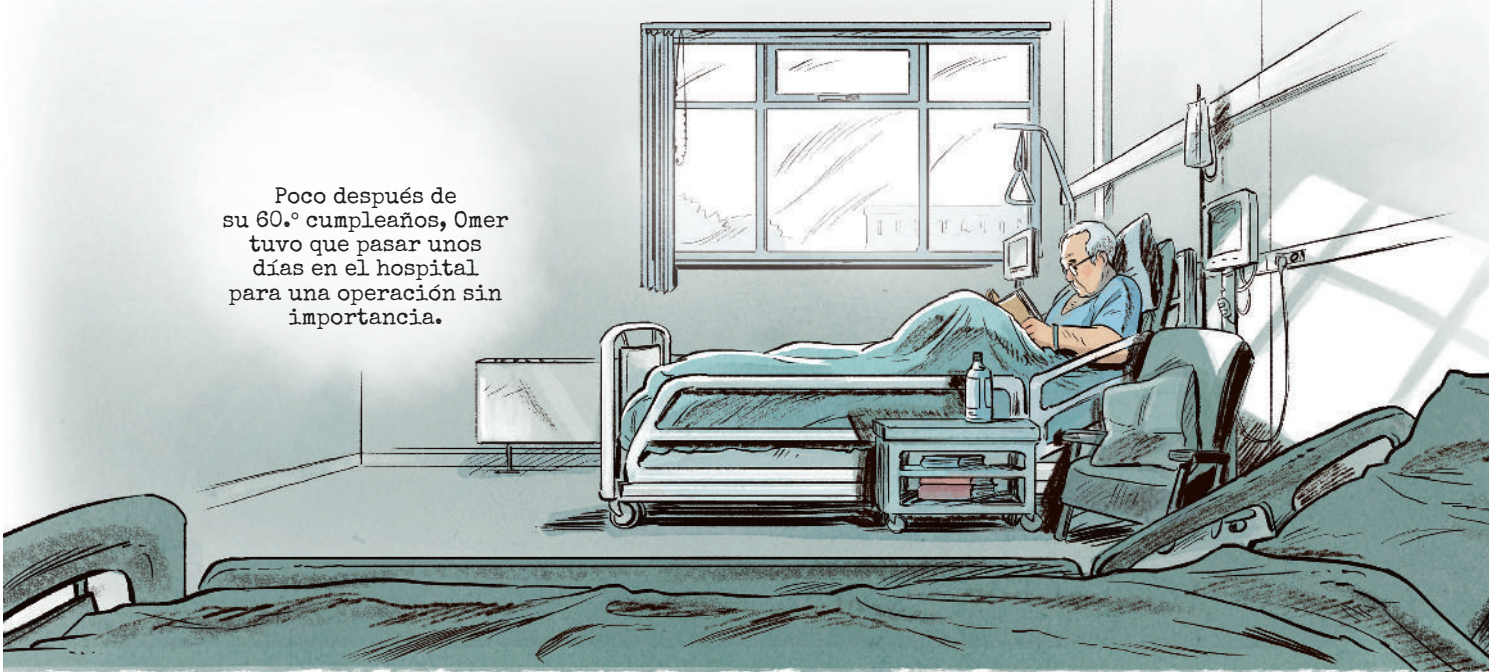


El verdadero placer para él residía en su mesa de trabajo, imaginando las maneras más crueles posibles de liquidar a sus personajes en los cuatro rincones del mundo, mientras resonaba en la otra punta del salón el *staccato* de la vieja Olympia.



Así pues, con Omer que mataba y Henriette que mecanografiaba, formaban una pareja feliz, a su manera.

Poco después de su 60.º cumpleaños, Omer tuvo que pasar unos días en el hospital para una operación sin importancia.

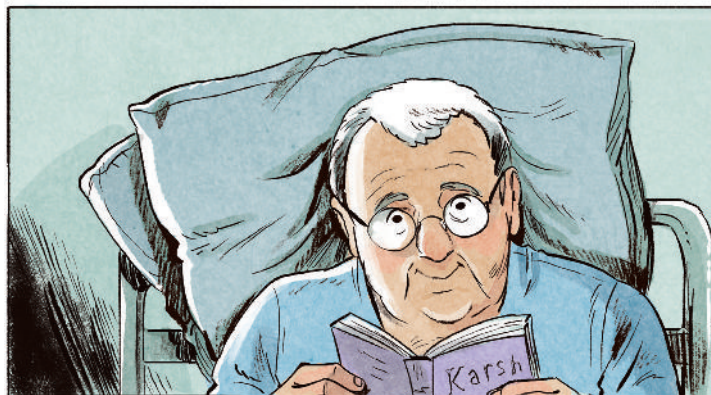


Su único problema era que el último premio literario que pensó haber comprado acertadamente se le hacía un gran tostón.



Por suerte, una enfermera le propuso un libro olvidado por un paciente.

KARSH. ¿LO CONOCE? NO DEBERÍA PRESTÁRSELO. PUEDE QUE NO LE DEJE PEGAR OJO, PERO A MI ME ENCANTA. Y, SI HACE FALTA, LE DARÉ UNA PASTILLA.



Se trataba de *Tango mortal en Caracas*, una de sus primerísimas novelas, reeditada recientemente.

Pareciéndole tal circunstancia divertida, Omer se embarcó, por primera vez en su vida, en su propia relectura.

Se reconoció desde la primera línea.



Los tres hombres de negro miraban fijamente sin decir palabra el cadáver tendido ante ellos.

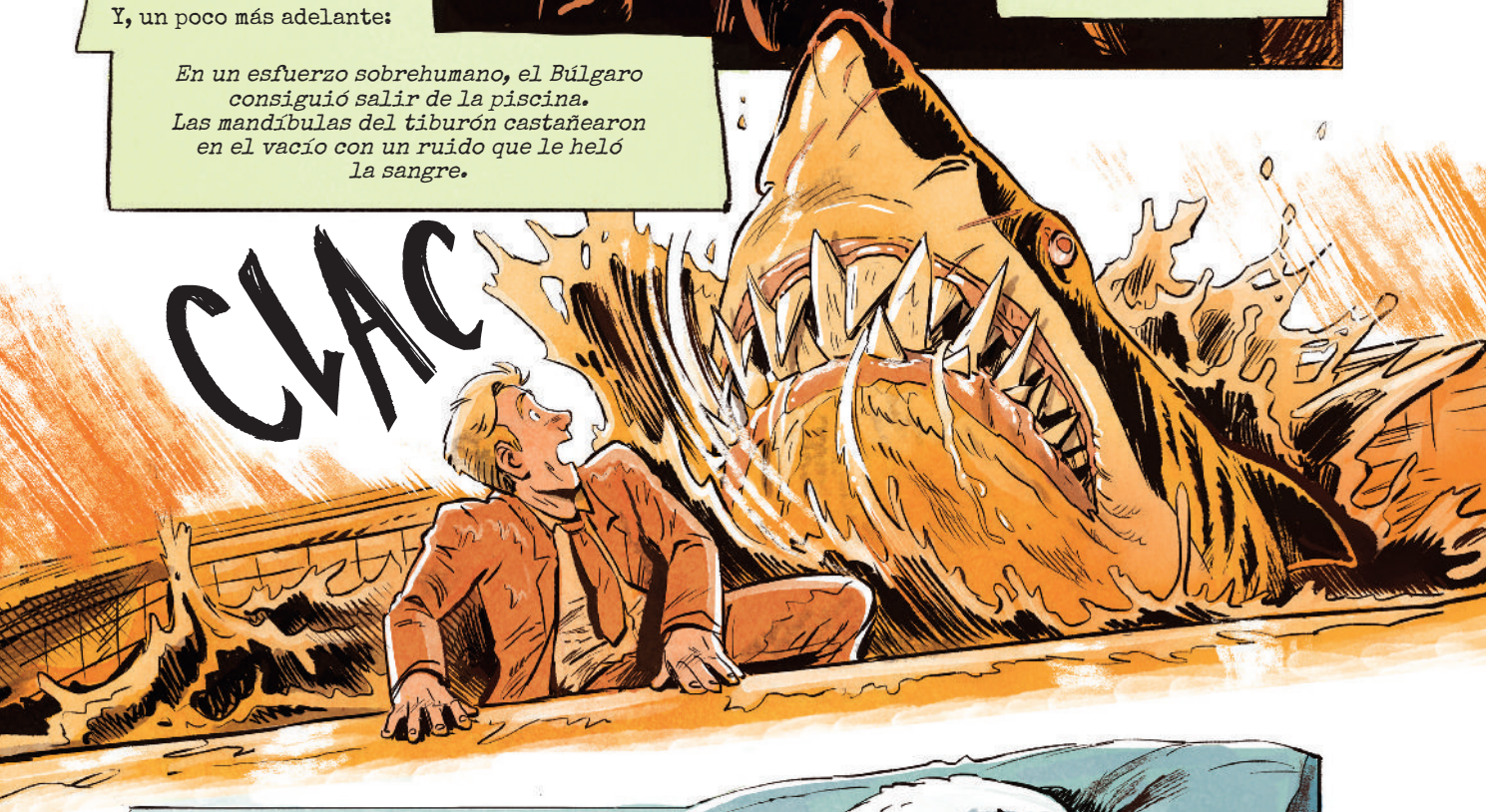
Empezaba bien.

Huelga decir que había olvidado por completo la trama.

Y, un poco más adelante:

En un esfuerzo sobrehumano, el Búlgaro consiguió salir de la piscina. Las mandíbulas del tiburón castañearon en el vacío con un ruido que le heló la sangre.

CLAC



Qué raro. En fin, sin duda al final habría acabado perdonándole la vida al Búlgaro, pero para hacerlo perecer más tarde de una manera más atroz.





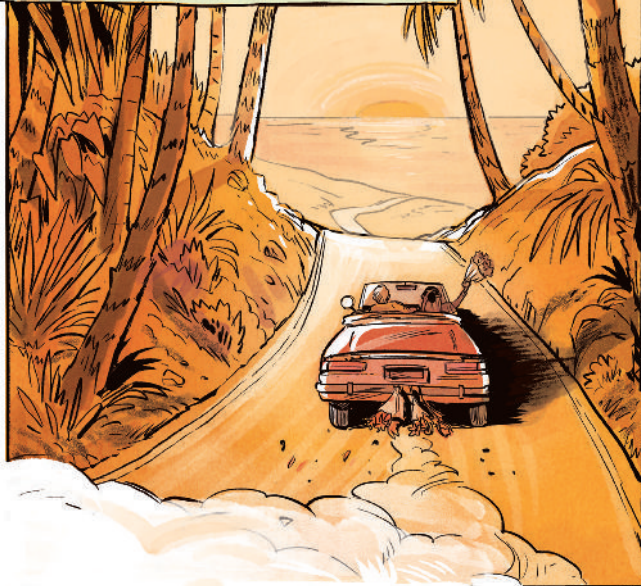
Incapaz de controlar la moto con los frenos saboteados, el espía guatemalteco se catapultó hacia el vacío...

Pero sobrevivió de milagro...



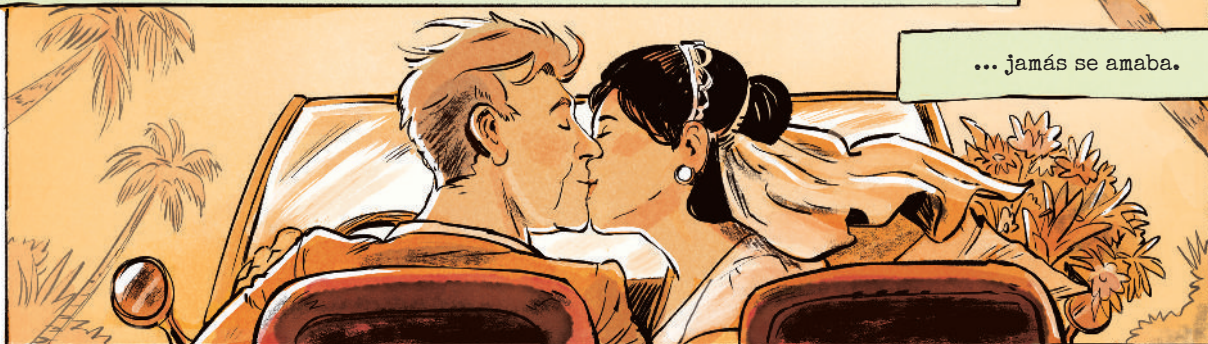
... acabando en manos y cuidados de la bella granjera, de la que se enamoró ipso facto.

En cuanto al Búlgaro, nos lo reencontramos al final de la historia, y de camino a su luna de miel con la hija del coronel coreano.



Y así acababan las 250 páginas, sin ni un cadáver que llevarse a la boca. Excepto el del multimillonario muerto de vejez a los 92 años y dejando la herencia en la que se basa toda la trama.

Pero lo peor eran los ridículos desenlaces acaramelados. En las novelas de Karsh, se follaba, y, siempre que era posible, de forma brutal; se violaba y, cuanto peor, mejor; pero, por todos los diablos...



... jamás se amaba.

¿Acaso había estado enfermo en aquellas épocas? No recordaba que hubiera pasado algo así. En cualquier caso, el tema estaba en que, incluso bajo el efecto de antibióticos, Karsh jamás habría dado vida a historias tan pastelonas a la par que lamentables.

¿Y si se diera que su editor...?
Todo es posible con esa gente que a veces se creen mejores escritores que sus autores.

